

Manso Birri que lleva su escepticismo, su duda científica hasta explorar la virginidad de la madre de Gengis-Khan, que vivió hace 700 años, y que a la distancia de 700 años puede demostrar con pruebas filosóficas y anatómicas que la madre del gran conquistador del mundo no fué virgen, ¿le negáis capacidad para distinguir la virginidad de una mujer que se mete con él en la cama?

12

Pasaron los días grises, las tardes monótonas, las noches desoladas.

—¡Cuando tengas un niño no te aburrirás más!—la animaba, en tono de augurio, Donatella.

—No tendré hijos.

No los quería. Su único hijo, su hijo verdadero era el que tuvo que nacer de su amor: aquel que lo mató en la clínica blanca de Budapest el cirujano de los dientes de oro.

Los modistos no la interesaban, las reuniones no la atraían. Todo le parecía insulso, manoseado, nauseabundo. Se sentía nacida para lo imprevisto, para lo intempestivo, para lo formidable.

—Un muchacho ha traído esto para la señora—le anunció una tarde la camarera a su regreso presentándole un gracioso cesto de mimbre.

Lo abrió. Una tortuga viva, de escudo centelleante como una pitillera de tortuga, agitaba su bamboleante cabeza, moviéndola estúpidamente.

—¿No hay carta ninguna?

—No, señora. No está más que la dirección.

Reconoció la letra.

—¿La señora no se quita el sombrero?

—No. Vuelvo a salir.

Pero mientras se disponía a salir de nuevo, estremecida por un mal presentimiento, el marido entró, ofreciéndole un periódico de la tarde. Entre dos rayas negras le puso delante de los ojos un nombre:

MAURO MAURI

anuncia su propia muerte.—*Será enterrado mañana, hora 15.*—*No quiere sobre su tumba ni hierbas ni discursos.*

La mujer se apoyó en el quicio. En otra página del periódico se refería el suicidio de un hombre que, subiéndose a un andamio, abandonado por los albañiles, en una calle muy céntrica, empezó a esputar sobre la muchedumbre endomingada, tirando después el sombrero, la chaqueta y los zapatos. Y acabó con el volteo de sí mismo, desde la altura de un tercer piso a la calle, estrellándose.

Iluska no sufrió apenas. Se sentía como un vegetal, como un organismo sin alma. Tomó lecciones de baile, y se fué a bailar a un club no del todo innoBLE, en donde conoció a muchos jóvenes de mundo, y a señoritas de tarifa fija (cocotas) y de tarifa variable (mujeres honradas). Frecuentó algún que otro salón, alguna que otra sala de té, contrajo amistades superficiales, y recibió ciertas visitas insulsas...

—Pregunta por la señora—díjole una mañana de Junio la camarera, presentándole una tarjeta de visita.

Iluska la leyó y la devolvió.

—¿Profesora Miceli? ¿Una profesora? Buscará al profesor.

—No, señora; desea hablar con la señora.

—¿Cómo es?

—Media edad; bien vestida, cargada de joyas.

—Que entre.

La visitante atravesó el salón con la desenvoltura de una dama del gran mundo, y se excusó de haberse presentado así, sin solicitar una audiencia. Pero la delicadeza de su misión...

—¿En qué puedo servirla?—se impacientó Iluska.

La señora aquella habló de su propia familia, boyante en otros tiempos, en desgracia ahora; nombró a ciertos parientes suyos doctorados, en muy buena posición, riquísimos, los que le permitían tender una red vastísima de conocimientos entre las mejores familias y los hombres más serios.

—¿Usted, pues, se ocupa en beneficencia?—le atajó Iluska.

—No es la palabra justa.

—¿Es usted fundadora de alguna obra piadosa?

—Obra piadosa precisamente no—empezó a aclarar la señora, rodeando las palabras un poco sincopadas con gestos curvilíneos.—Me explicaré mejor.

—Lo prefiero.

—Un conocido mío, más bien, una de las personas más «distinguidas» que frecuentan mi casa, y cuyo nombre me permitió callar por ahora, siente hacia usted una gran simpatía.

—No tengo el gusto... ¿Y se lo dice a usted?

—Ciertas cosas no pueden decirse a la persona directamente interesada, cuando tiene un marido, un nombre, una posición.

—Adelante.

—Este caballero es un hombre guapo, no muy joven ya, pero agradable aún, elegante y rico.

—¿Dónde me ha visto?

—La ha seguido muchas veces, hasta cuando era usted la señora Mauri.

—¿También eso sabe usted?

—Yo lo sé todo.

—Pues lo siento. Su profesión me parece bastante equívoca. Perdóneme, pero...

—Diga cuanto quiera, señora. Todas las señoras a quienes hablo por primera vez como ahora a usted, empiezan por insultarme, pero después cambian de tono.

—Yo no cambiaré. Acabe.

—Al caballero a quien tengo el gusto de referirme, le agradaría sobremanera verla a usted en mi casa un día de estos: pasado mañana, por ejemplo. Y para que pueda atestiguarle de un modo tangible su simpatía, en correspondencia a su consentimiento de usted de dedicarle una tarde, se verá muy honrado haciéndola un regalo: un pequeño regalo, un objeto artístico, un joyerito, un juguete inútil. Pero no estando seguro de hallarlo a gusto de usted, él preferiría que lo escogiese usted misma, para lo cual le ofrece, por mediación mía, hasta quinientas liras por cada tarde.

Iluska escuchó todo aquello sin pestañear.

—Yo vivo en una casa a propósito, en una calle desconocida, sin porteros; no hay más que subir al primer piso. En la puerta se lee: Prof. Miceli, lecciones de gimnasia rítmica. No puede haber más discreción, como usted ve.

Y sacó del bolso un pequeño tarjetero, y de éste una tarjeta, con la dirección litografiada en cursiva inglesa.

—Aquí tiene mi nombre y mi dirección. A las tres irá el caballero, y la esperará toda la tarde.

—Dígale usted que no pierda el tiempo. No irá.

—Será una desilusión muy fuerte para él. No le diré nada. Esperará.

—¿Lleva usted a menudo embajaídas de esta clase?

—Sí, señora.

—Y las demás señoras, ¿qué le contestan?

—Lo que me ha contestado usted, poco más o menos. Yo entonces insisto suavemente, y espero.

—En vano.

—Siempre suelen acudir.

—Hay que tener hambre.

—No es preciso que carezcan de lo necesario: basta con que deseen lo superfluo. Señoras de la aristocracia, mujeres de altos empleados, de funcionarios, de eminencias frecuentan mi casa, y no siempre por necesidad. A veces por curiosidad.

—Irán sólo una vez.

—Todas creen ir solamente una vez por el gusto de la novedad, o por estudiar el ambiente. Pero después vuelven. Y en ocasiones me cuesta trabajo despedirlas.

Iluska hizo un movimiento apenas perceptible.

—Mi marido.

El profesor entró con un paquete de libros, solemnemente dentro de su chaleco que se abrochaba hasta la laringe.

—Perdón—se justificó, separándose.—No sabía que tuvieras visita.

—La señora...—balbuceó Iluska, turbada.

—He venido a pedir informes de un mecánico que yo creía había estado a su servicio. Pero su señora me ha convencido de mi error. Les ruego me perdonen.

Y se levantó.

Mediodía. El profesor dió cuerda al reloj de níquel que andaba desde hacía treinta años, sin haberse parado una sola vez.

—Orden y método hasta en las cosas más pequeñas—predicó.—Para que el arroz pueda servirse a mediodía, hay que ponerlo al fuego dieciocho minutos antes. Y en cuanto a las bananas, encárgale a la cocinera que no compre más.

—A mí me gustan mucho.

—Pues no está bien. Cada hombre debe nutrirse de frutos de su tierra. Nosotros estamos, por heren-

cia milenaria, ambientados en nuestro clima y habituados a los frutos de nuestro país. Las variaciones en la nutrición natural equivalen a actos contra la naturaleza. Sin contar con que las bananas cuestan carísimas... A propósito: no me explico cómo este mes hemos gastado más luz que el pasado, siendo los días más largos y...

—Funcionará mal el contador.

—Error no puede ser. ¿Está ya la comida? De hoy en adelante, Iluska, te cuidarás de que esté siempre a su hora, a las doce y a las diecinueve.

—A las siete es de día aún.

—Precisamente por eso.

—Si tuviéramos que ir al teatro, se comprende, pero no vamos nunca.

El marido combinó meticulosamente la canulilla del tapón esmerilado con la raya del cuentagotas, y dejó caer en el vaso la acostumbrada dosis de ruibarbo y genciana.

—Una, dos, tres. ¿Cómo dices? Cinco, seis. ¿Teatro? Ocho, nueve, diez. Tú sabes que mis estudios... Doce, trece... no me consienten perder las noches en los espectáculos públicos.

—¿Y qué son tres horas?

—No dedico tres horas de mis noches a cosas frívolas.

—Me parecería muy justo, si no me privases a mí también.

—El sitio de la mujer está *vel in tumulo vel in talamo*: o en la tumba o en la cama.

—No es un dilema muy alegre.

—¿Y este catálogo de automóviles?

—Hace tres meses que me has prometido un torpedo.

—En el período de la boda nos adornamos siempre de ricas plumas y bellas palabras. Es una ley biológica, común a casi todas las especies de animales. ¿Has salido?

—Sí: a comprarme un impermeable.

—Prenda inútil. Cuando llueve, se está uno en su casa: *domi mansit, lanam fecit*; se quedó en casa e hiló la lana.

—¿Y si tengo que salir?

—El paraguas, el tradicional paraguas, instrumento tan perfecto que desde el día que fué inventado no ha sufrido modificación alguna. ¿Y mis anidropodotecos de goma?—preguntó a la doncella.

—¿Cómo ha dicho el señor?

—Anidropodotecos de goma, eso que en inadmissible barbarismo se llama chanclos o cubrezapatos; anidropodotecos les digo yo. Que estén listos para las dos.

—¿Te vas a poner los chanclos con ese sol?

—Es que amenaza lluvia. Hay que prevenirse.

*
* *

Cuando salió el marido, ella vagó por la vasta casa, rica en mobiliario, pero pobre en intimidad, y oyó el eco de sus pasos como en una gran casa abandonada. Salió a la calle, se hizo llevar al centro. Las calles estaban concurridísimas; los comercios, llenos de gente que hacía compras para irse al mar y a la montaña. Ella tenía que quedarse todo el verano en la ciudad, o salir todo lo más unos cuantos días a un pueblecillo insulso a media hora de tren, una de esas aldeas para empleados amontonados en pensiones y para comadronas que se hacen ellas mismas los sombreritos.

A través de las vidrieras rameadas de flores de Baratti vió a las personas de siempre, tomando los acostumbrados helados; ambiente siempre ya «vieja Inglaterra», donde las entretenidas parecen mujeres legítimas, los hombres dicen a las damas con los ojos «llevo buenas intenciones», y los intelectuales de alma en espiral, como el juego de la oca, ostentan

libros expurgados, con la meliflua encuadernación celestial de la Sociedad pro Cultura Femenina.

Fué a cruzar el umbral. Pero se detuvo. Recorrió la galería, se paró ante las muñecas Lenci, de los ojos asombrados, que la asombraban, flanqueó los sombríos museos, y se dirigió a Casanova, a hojear revistas de modas.

¿De modas? ¿Para hacerse qué?

Un joven la siguió, pero al ver su rostro tan triste, renunció a la conquista.

Volvió a casa. Comida, conversaciones honestas, lectura de periódicos, alcoba; pero el marido no pretendió nada, no siendo sábado ni jueves.

Por las noches no podía conciliar el sueño. El estío le ponía en la piel un inquietante deseo de caricias. Salió, dió vueltas medio desnuda por la estancia, abrió una ventana que daba al jardín, y ofreció el pecho y la garganta a la noche, al aire perfumado, al azul. De lo alto de un árbol, un ruiseñor dejaba caer gotas de música, que saltaban de rama en rama entre el coro de frondas peinadas por el viento.

Y volvió al lecho, llena de ansias.

A la mañana siguiente, encontró en el salón la tarjeta de visita de la profesora de gimnástica rítmica: dirección litografiada en cursiva inglesa. Una calle que no conocía.

Por la tarde salió después de marcharse el marido. Eran los días de exámenes para la licenciatura.

El día estival era apacible como una tarde de primavera. Consultó el reloj. Las tres.

A aquella hora la cordial profesora de gimnasia rítmica estaba recibiendo al incógnito personaje que la esperaba.

¡Pobrecito! Ya no muy joven, pero agradable, elegante, rico.

Compró un ramo de ciclamínos dobles y se lo puso a la cintura.

Parejas de amantes subían hacia la colina. Des-

filaban automóviles hacia el hipódromo. Un altísimo *stage-coach* (1) tirado por cuatro caballos estruendosos de cascabeles, pasó dejando mil ecos alegres.

¡Qué vida la suya! La única aventura, era aquella oferta de dinero. Prostituirse a un desconocido.

Y sin embargo, por una sola vez, no le hubiera desagradado probar, por ver, por curiosear, por encararse con lo imprevisto.

—Todas creen ir una sola vez—había dicho con malicia la profesora de gimnasia rítmica,—pero luego vuelven; probar una vez quiere decir empezar.

Se sintió un poco cansada por el sol, por el polvo, por el fastidio. Pasaba un taxi de plaza. Lo hizo parar levantando la sombrilla. Era mejor volverse a casa.

El hombre bajó la banderita del taxímetro y se inclinó de un costado para recoger la dirección.

Iluska estuvo por dar la de su casa. Pero se arrepintió. ¡Volver a su casa, a aquellos escuálidos aposentos donde sus pasos reumbaban como en un pavoroso vacío de intimidad!

Hurgó en el bolso buscando la tarjeta con la dirección escrita en cursiva inglesa.

No estaba. Pero se acordaba perfectamente.

Subió al estribo, y en voz baja, como con miedo de que el mecánico la oyese, ordenó:

—Calle Carolina Invernizio, diecinueve.

FIN

(1) Faetón.



PITIGRILLI

— y —

LA CRITICA ITALIANA

No es frecuente ver, en Italia, que un autor de veintisiete años publique cuatro libros en dos años, y de ellos venda casi doscientos mil ejemplares. Este hecho, como es natural, ha producido un revuelo grandísimo, conjurando contra escritor tan afortunado las infinitas iras de unos y de otros.

Mamíferos de lujo—su primera serie de novelas cortas—apareció en 1920, cuando algunos «parvenus» de la literatura proclamaban napoleónicamente haber sustituido la agonizante «novela de amor» por la novela de ideas, sin otra razón que la de sus descripciones zolianas y sus elementales disertaciones sobre la moral, la sociedad, el comunismo y la monarquía. El público, hartado ya de la acostumbrada canción del «amor desgraciado del señor A por la señorita B», así como de los trucos ingenuos de los «renovadores», asqueado de melancolías, pedantismos y academicismos se puso a leer con entusiasmo a Pitigrilli, humorista genial y fresco, inagotable, brillante, multicolor, y, sobre todo, divertido; divertidísimo, inverosimilmente divertido.

Vino después *Cinturón de castidad*, cuyos ochenta